



CALLIE HART

Brimstone

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS

Título original: *Brimstone*

1.ª edición: febrero de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2025 by Callie Hart
© De la traducción: Jesús Jiménez Cañada, 2026
© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037
Madrid



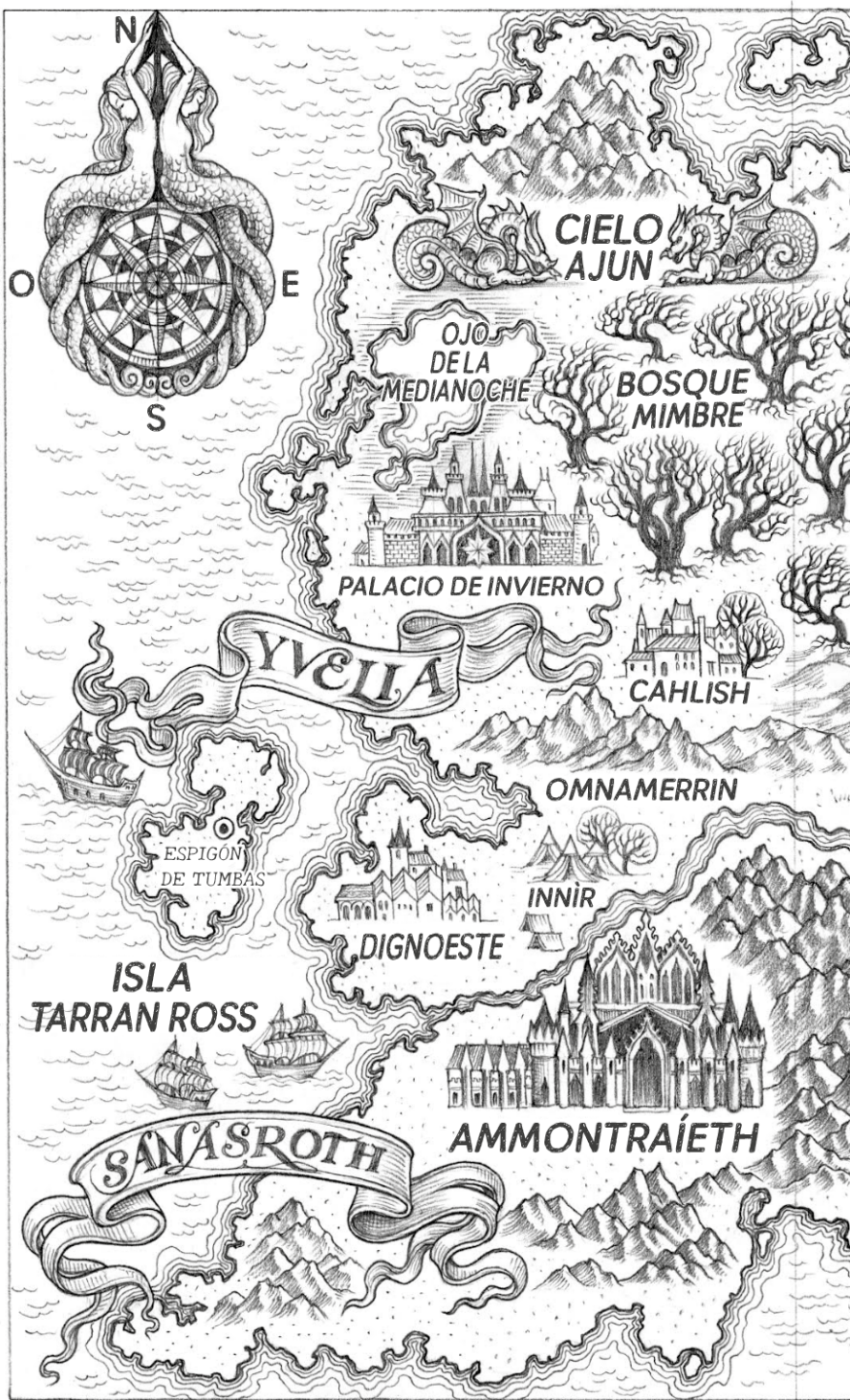
ISBN: 978-84-19988-89-8
Depósito legal: M. 26.014-2025
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



«El infierno está vacío y todos los demonios están aquí».

William Shakespeare, *La tempestad*



N

O

E

S

CIELO
AJUN

OJO
DELA
MEDIANOCHE

BOSQUE
MIMBRE

PALACIO DE INVIERNO

YVELLA

CAHLISH

OMNAMERRIN

INNIR

DIGNOESTE

ISLA
TARRAN ROSS

ESPIGON
DE TUMBAS

AMMONTRAIETH

SANASROTH







GUÍA DE PRONUNCIACIÓN

PERSONAS

Saeris – Sa-eris

Rusarius — Ru-sa-rius

Omnamshacry — Om-nam-sha-crai

Iseabail — I-sha-bel

Belikon — Be-li-cón

Oshellith — Oh-she-liz

Taladaius — Ta-la-dai-us



Daianthus — Dai-an-zus

Lorreth — Lor-rez

Clan Balquhidder — Clan Bal-ki-der

Te Léna — Tei Le-nah

Danya — Dan-yah







LUGARES

Zilvaren — Sil-va-rén

Yvelia — I-ve-liah

Cahlish — Cal-lish



Sanasroth — Sa-nas-roz

Gilaria — Gi-la-ria

Líssia — Lís-sia

Ammontraíeth — Ah-mon-trei-ez

Omnamerrin — Om-na-mer-rin



PRÓLOGO



KINGFISHER

Un lobo es una criatura versátil. Adaptable. Cuando pertenece a una manada, el lobo es parte de algo más grande que él mismo. Desempeña un papel, ocupa un lugar en el discurrir del mundo. Dentro de una manada hay seguridad.

Pero un lobo también es capaz de sobrevivir solo.

En mitad de un bosque, a medianoche, rodeado de depredadores por todos los flancos, un lobo puede escabullirse como una sombra entre los árboles. Puede refugiarse en recodos oscurecidos, acechar a sus propias presas.

Puede esperar a que sus enemigos se confíen y contraatacar a dentelladas cuando lo atacan...

Sobre todo con una espada divina en las manos.

Yo ya estaba listo cuando llegó el vampiro. Me había estado siguiendo como un espectro por entre los pasillos vacíos de Ammontraíeth desde que salí de los aposentos de Saeris. Sentí su rabia hirviendo cerca de mí. A la espera.

Adivinar lo que sienten los seres vivos no requiere gran habilidad. Hay quienes pasan siglos entrenándose para controlar sus sentimientos. Entre los fae, vale la pena asegurarse de que los pensamientos y sentimientos permanecen ocultos. Sin embargo, da

igual la práctica que tenga una persona a la hora de esconder sus sentimientos, pues su cuerpo acaba evidenciándolos. Es inevitable.

Las emociones pintan la sangre.

Felicidad.

Rabia.

Pesar.

Lujuria.

Cada emoción transmite su propia energía. Una vibración, si prefiere verse así. Cada una de ellas corre por las mismas venas y tiene su propio aroma. Los fae emiten sutiles indicadores de su estado de ánimo, por más entrenados que estén en esconder sus emociones.

A veces, los aromas que emiten los humanos pueden resultar abrumadores.

A los humanos no se les da bien domar sus sentimientos. Lo experimentan todo de forma muy tosca, completamente abierta, sin la menor conciencia de hasta qué punto afectan sus reacciones a quienes tienen los sentidos más refinados.

Los muertos, por su parte, son harina de otro costal. Sin un corazón latiente, la sangre en sus venas no es más que un lodo pegajoso y negro. La única vez que un miembro de la corte sanasrothiana emite cualquier tipo de aroma es después de alimentarse, cuando la chispa de la vida que atesora la sangre de su víctima aún reverbera con las emociones que esa víctima ha sentido al morir. Como el más leve resquicio de perfume tras un abrazo.

Una hora antes, me encontraba sentado junto a mi amor verdadero, mi compañera. El aroma a petricor embriagaba mi cabeza mientras escuchaba la cadencia de su voz, que no dejaba de bombardear a Tal con todo tipo de preguntas sobre la Corte de Sangre. Saeris se había mostrado implacable desde que recuperó la consciencia. Intentaba comprender, armarse, prepararse para lo que estaba por venir. Habíamos dispuesto los cimientos de nuestro plan, y Saeris comprendía el papel que debía desempeñar para llevarlo a cabo..., pero se sentía nerviosa. Teniendo en cuenta que

había sido humana hasta hacía pocos días, en realidad le salía mucho mejor que antes lo de controlar sus sentimientos. Por otro lado, mi olfato es más agudo que el de la mayoría de la gente. Yo percibía su vacilación. Era como el aroma de la piedra caliente tras la lluvia.

Yo había estado inspirando su fragancia, ahogándome en ella, cuando de pronto capté otro olor.

El vampiro debía de haber ingerido una impresionante cantidad de sangre antes de esconderse, agazapado en la oscuridad frente a los aposentos de Saeris.

Salí con cualquier pretexto al pasillo, en busca de la podredumbre. Bajé dos plantas, hacia las entrañas del Palacio Negro. Y allí lo encontró la punta de mi espada.

El vampiro era hermoso. Tenía una cara que podría haber sido común y corriente cuando estaba vivo, y el tipo de piel que habría acabado hundiéndose y volviéndose opaca. Sin embargo, la muerte había acentuado sus facciones. Lo había vuelto perfecto. Pómulos altos. Nariz regia, aquilina. Sus ojos debían de haber sido azules en su día, pero ahora destellaban como ópalos fantasmales. Los labios, retraídos, mostraban unos crueles colmillos blancos. Su boca formó una «O» de pura sorpresa antes de llegar a emitir sonido alguno. Bajó la vista, aturdido, y se encontró con Nimerelle, hundida hasta la empuñadura en su pecho.

—Has... estropeado el terciopelo —graznó.

Cierto. La hoja de la espada divina había abierto un agujero de ocho centímetros en su chaleco de terciopelo negro. Me encogí de hombros con aire de disculpas.

—Un molesto daño colateral en esto de matar —dije con un suspiro—. A veces, la ropa del oponente también acaba hecha tripas. Pero eso tú ya lo sabías, ¿verdad?

Una flor de muerte, negra como la tinta, brotó en la parte delantera de su camisa. El muy cabrón tuvo la osadía de dedicarme una mirada ultrajada.

—Me... suena el problema, sí —dijo con voz rasposa.

—Bueno, ya no tendrás que preocuparte más por ello —le dije.

Incluso antes de que el vampiro surgiese de entre las sombras, yo ya sabía que no venía en busca de pelea. El resto del Palacio Negro dormía; aquella criatura no debería haber estado despierta. Pero aquel vampiro, con ropas tan elegantes y la barriga llena de sangre inocente, había venido a buscar algo que no se merecía. Algo que solo yo podía darle.

El ser se tambaleó e intentó agarrarse a mí, pero sus manos ya se convertían en ceniza. Pronunció unas palabras tan secas como el viento del desierto.

—Lo siento. Es que no podía enf... enfrentarme...

¿Al sol?

¿Al fuego?

No era tarea sencilla encontrar fuego en aquel lugar. Un vampiro que rozase una llama podía incendiarse como un puñado de fajas secas. Las chimeneas de Ammontraíeth ardían con lucetera, así como las antorchas de las paredes. Seguramente, aquel cabrón miserable ni siquiera habría sido capaz de encontrar ni una cerilla por allí. Además, ¿quién iba a querer una muerte así? No era sencillo morir de aquella manera. Era demasiado doloroso. Demasiado dramático.

Era preferible acabar convertido en ceniza.

Todo un acto de misericordia.

—Me has salvado de... aquello en lo que... me he convertido —resolló.

Había gratitud en sus ojos. Alivio.

Yo me incliné hacia delante mientras la criatura se secaba, y me aseguré de que oyese cada una de mis palabras al tiempo que se hundía en la muerte definitiva:

—No lo hago por ti. Lo hago por aquellos de quienes te has alimentado. Disfruta del infierno, garrapata.

Cualquier esperanza de salvación que hubiese esperado encontrar conmigo se desvaneció de sus ojos.

—Van a... destruirla..., ¿lo sabes? Ya se ha... augurado. Esta corte... caerá... con ella... dentro.

Sus labios se retorcieron en una mueca, que podría haberse interpretado como una sonrisa, o bien alivio, o desdén. Cualquiera sabía.

—Saeris está a salvo —espeté—. No permitiré que le suceda nada.

Sin embargo, el vampiro se limitó a echar la cabeza hacia atrás y soltar unas carcajadas que más bien eran ladridos entrecortados. Su barbilla se convirtió en ceniza. Luego, sus mejillas. Su voz se agrietó y se resquebrajó. Se quedó sin garganta. Para cuando los colmillos se desprendieron del cráneo y cayeron al suelo, ya se le había cortado la risa. La criatura se derrumbó. Ya no quedaba nada del vampiro, solo dos dientes que repiquetearon en el suelo —plinc, plinc— y rebotaron por las escaleras que descendían hacia las entrañas de Ammontraíeth.

Plinc...

Plinc...

Plinc...

El Palacio Negro era inmenso. Yo ya había perdido la cuenta de cuántos vampiros altasangre me había cargado desde que llegué. En un primer momento había habido al menos uno o dos retoños de Malcolm esperándome tras cada corredor oscurecido de obsidiana. Los atraía el calor de mi sangre. Sin embargo, los miembros de la Corte de Sangre no tardaron en darse cuenta de que no eran rivales para la espada divina ni el tipo que la enarbolaba. Ahora dormían, pero pronto iban a despertar. Y entonces se esconderían, si es que sabían lo que les convenía.

—¡Ah! ¡Aquí estás!

Una silueta pelirroja apareció al pie de las escaleras, jadeando, sin aliento. Bajó la vista y enarcó una ceja al ver los dientes que se habían detenido a sus pies, pero no los mencionó. Centró su atención en mí.

—Tienes que... venir..., rápido.

—No deberías salir de tus aposentos, Carrion.

Allí, el sonido se propagaba de formas extrañas. El aire, denso, vibraba con un tono inaudible que zumbaba sobre la piel. Mis palabras salieron amortiguadas, pero llegaron igualmente a los oídos del contrabandista, que dejó escapar una exclamación ahogada de pura exasperación y corrió escaleras arriba. Sin embargo, yo ya había dado media vuelta y regresaba por donde había venido.

—Me encantaría... estar acurrucadito en mis aposentos ahora mismo, pero... se aproxima el crepúsculo. Este sitio va a despertar.

—Exacto.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de andar? Escúchame: estaba mirando... por la ventana... y he visto... algo...

—Se llama puesta de sol, Swift. Si quieres vivir para ver más de esas, siempre puedo escoltarte hasta Cahlish. Desde allí se ven la mar de bien tanto los anocheceres como los amaneceres.

No sé ni para qué seguía insistiendo. Le había propuesto en varias ocasiones sacarlo de Ammontraíeth (y de Innir, de hecho), pero aquel tipo se mostraba cada vez más cabezota.

—Una idea tentadora, pero aquí estoy bien, gracias.

Había echado a correr escaleras arriba y ahora me pisaba los talones, a mi mismo paso.

—¿Me permites que te pregunte otra vez qué se te ha perdido en Ammontraíeth? —dije con voz entrecortada—. Este sitio es una pesadilla.

Carrion respondió en tono distraído:

—Bueno, ya sabes, tengo mis motivos.

Sus motivos tendría, y me parecía bien que los tuviese, siempre que entre esos motivos no estuviese la esperanza de que Saeris fuese a confesarle algún tipo de amor inmortal. Eso no iba a pasar.

—Por los putos dioses vivos, Fisher, ¿quieres frenar un poquito? ¡Tengo que decirte algo importante!

Dejó escapar un suspiro torturado y me giré de cara a él.

—¿Es de verdad importante o solo te parece importante a ti?

Carrion tenía por importantes un millar de detalles ridículos que en realidad daban igual. Enarcó las cejas y me dedicó una mirada intensa.

—Pues mira, no lo sé, ¿a ti te parece que la felicidad de tu compañera es importante?

Le clavé la mirada.

—Habla. Rápido.

Él negó con la cabeza.

—Necesitamos... una ventana.

Dado que la luz del sol era mortal allí, una ventana suponía una sentencia de muerte. Por eso no era tan sencillo encontrar ventanas. Dimos con una en la planta de arriba. Medía apenas treinta por treinta centímetros y tenía el cristal ahumado, para bloquear parte de los rayos del sol. La vista desde allí podría haber sido demasiado estrecha como para mostrar de dónde venía la inquietud de Swift, pero por suerte no fue el caso. Paseé la vista por el angosto campo visible hasta el horizonte, la tierra abrasada que se extendía entre Ammontraéth y el río, pero no vi...

Oh, dioses.

—En un primer momento pensé que era un montículo de nieve —dijo Swift. A mí se me había parado el corazón—. Luego vi que se movía. Que corría. Rápido —jadeó.

Salí de allí a la carrera, dejé atrás a Carrion y bajé las escaleras. El contrabandista me siguió.

—¡Te he venido a buscar en cuanto he podido! ¡No sabía si... si debería decírselo a ella o...!

—¡Calla la boca y corre!

—Pero ¿qué...? —jadeó él—. ¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —rugí—. ¡Ir a salvar al puto zorro!



Lo había dejado en Cahlish. Ni siquiera en Innèr. En Cahlish. Al otro lado de la montaña.

Omnamerrin era de las cadenas montañosas más traicioneras y letales de toda Yvelia. Sus cuevas eran muy pronunciadas, casi imposibles de escalar para un miembro de los fae. Yo solo conocía a un puñado de guerreros que había escalado su escarpado pico y había sobrevivido para contarlo. Onyx había nacido entre hielo y nieve, pero ni siquiera él debería haber sobrevivido al paso. Las avalanchas lo habrían enterrado una y otra vez. Tenía que haberse abierto camino. Sin comida. Sin refugio en el que guarecerse del afilado viento.

Había abandonado la seguridad de Cahlish. Por ella.

Había escalado la montaña. Por ella.

Había pasado a hurtadillas por Innìr y había cruzado el río. Por ella.

Y ahora lo perseguía una horda de devoradores por las tierras yermas de Sanasroth. Debía de estar cansado, a punto de rendirse, pero, aun así, corría. Por ella.

Y yo no pensaba dejar que muriese aquel pequeño zorro.

Corrí a toda velocidad palacio abajo y crucé los Engranajes, el asentamiento multinivel que había sido construido a lo largo de los años alrededor del perímetro del palacio. Las calles adoquinadas estaban vacías de momento, pero no por mucho tiempo más.

Bill. Tenía que llegar hasta Bill.

Los caballos odiaban Ammontraíeth. No había forma de mantenerlos en los establos. Los vampiros altasangre guardaban sus sobbrantes en los Engranajes; cualquier devorador hambriento echaría abajo uno de esos muros con sus propias manos para hacerse con carne caliente de caballo. Bill, Aida y otras dos yeguas descansaban en el establo de un edificio anexo a ciento cincuenta metros del patio principal, justo al otro lado de una alta muralla que rodeaba el nivel inferior de los Engranajes. Yo casi arranqué de cuajo la verja de metal de aquel lugar para llegar a mi montura. No me molesté en ponerle embocadura ni brida. Mi fiel amigo no necesitaba que le dijese dos veces adónde ir. Para cuando salimos a toda velocidad por las puertas abiertas, Carrion aún estaba cruzando el patio.

—¡Vuélvete dentro! —rugí.

—¡No!

—Por los dioses y los putos pecadores —maldije en fae antiguo.

Al pasar a su lado al galope, alargué el brazo derecho. El muy idiota se aferró a mi antebrazo y subió de un salto a la grupa de Bill, a mi espalda.

—¿No me vas a preguntar dónde he aprendido a hacer eso? —chilló el contrabandista.

—No —espeté.

—¡Me ha enseñado Lorreth!

Si quería que lo felicitase, más le valía sentarse a esperar. Nos separaba del zorro más de un kilómetro de ceniza y lutita desmenuzada que llegaba a la altura de los tobillos. Normalmente, los caballos tenían que avanzar con cuidado en aquel suelo muerto e inestable, pero no había tiempo para eso. Bill resopló y bufó, pero cargó sin vacilar hacia los devoradores, que cada vez estaban más cerca.

—Eso es, sigue adelante —susurré a media voz—. Gracias. Gracias.

Debería haber obligado a Carrion a quedarse atrás. Había más devoradores corriendo hacia el zorro de los que yo había contado en un primer momento. ¿Eran unos veinte? ¿Quizá treinta? Más de los que podría despachar yo sin mi magia, que no funcionaba en aquel lado del Zurcido. Además, Carrion no era ningún guerrero sanguinario, sino contrabandista.

El sol ya se había hundido bajo el horizonte. Si la luz era lo bastante tenue para los devoradores, los vampiros altasangre de Sanasroth no tardarían mucho en despertar. Sin una escolta que lo ayudase a atravesar el palacio, el muy lerdo moriría en cuestión de segundos...

Cada vez estábamos más cerca.

Pero los devoradores también.

Tenían un hambre eterna, y probablemente hacía eones que ninguna criatura viva se había atrevido a internarse por las tierras

sanasrothianas. La demente infantería de Sanasroth no perdería esa oportunidad por nada del mundo.

De pronto distinguí a Onyx. Tenía las puntiagudas orejas aplastadas contra el cráneo y corría por su vida. Saltó desde una roca y atravesó el aire, un brochazo blanco en medio de la oscuridad creciente. Luego sus zarpas aterrizaron sobre la tierra sólida y levantaron una nube de ceniza al seguir corriendo.

—Vamos —susurré entre dientes—. Vamos. Corre.

Nos quedaba menos de un kilómetro. La distancia entre ambos se acortaba..., pero también la distancia entre los devoradores y el zorro. Estaba cansado, lo vi enseguida. Le colgaba la lengua de la boca, y se agitaba como un estandarte. Se le veía el blanco de los ojos, desorbitados. El zorrillo estaba aterrorizado.

Yo no me había dado cuenta de que Carrion estaba aferrado a la espalda de mi armadura. No le quedaba más alternativa, porque no había silla de montar ni agarre alguno. Reprimí una maldición, molesto, y me incliné hacia delante para que Bill apretase el paso. Y lo apretó, sin vacilar. Ni una sola vez flaqueó su galope.

—¡Ya casi estamos! —bramó Carrion.

Yo apreté los dientes con tanta fuerza que sentí un crujido en la mandíbula.

—¡Agárrate!

No íbamos a parar. Si parábamos, estábamos muertos. Agarré de un puñado la crin de Bill y elevé una plegaria a esos dioses a los que odiaba, por segunda vez en menos de una semana.

Salvad al zorro.

Salvad a Bill.

Salvad al zorro.

Salvad a Bill.

Por favor...

Una espuma blanca se derramaba de las bocas de los devoradores. Sus aullidos dementes llenaban el aire. Se acercaban más, y más, y más.

Salvad al zorro.

Salvad a Bill.

Ya estaban casi encima de Onyx, a un pelo de distancia. El más rápido de todos ellos, que llevaba una camisa mugrienta y desastzada, se abalanzó sobre el zorro y llegó hasta él. Bill relinchó y se echó hacia atrás, aterrado. Sus cascos resbalaron sobre aquel suelo de cristal volcánico y él intentó desesperadamente apartarse de la amenaza en ciernes. Las garras afiladas del devorador rozaron el pelaje del zorrillo, que saltó...

Y Carrion lo agarró en el aire.

Para luego resbalar del lomo de Bill y caer al suelo de culo.

¡Por los dioses y los putos mártires!

—¡En pie, Swift! —rugí.

El príncipe de pelo cobrizo, que agarraba con fuerza a Onyx, intentó ponerse en pie. Se movió a toda prisa, pero no iba a ser lo bastante rápido. Yo giré a Bill, obligándolo a describir un pronunciado círculo, y lo situé frente a los devoradores. Entonces me bajé de su grupa.

—Tranquilo, amigo. Soooo, soooo..., espérame aquí —le susurré.

Luego desenvainé a Nimerelle. Y dio comienzo la matanza. La espada divina derramaba humo negro al tiempo que atravesaba el aire como una guadaña. Allá donde yo lanzaba un tajo, la carne necrosa y los huesos quebradizos de los monstruos quedaban cercenados como papel mojado.

—¡Saca el arma, Swift! —rugí por encima del hombro.

Carrion ya se había puesto en pie, con Simon, su espada divina, en la mano.

Onyx había bajado de un salto de sus brazos y se escondía entre las patas de Bill, lo cual no ayudaba a calmar al caballo, que sin embargo no se alejó mucho. Piafaba y resoplaba, con los ojos desorbitados; estaba asustado, pero quería obedecer.

La marea de devoradores caería sobre nosotros en cualquier segundo.

—¡Decapítalos! —grité—. ¡No la cagues, Carrion!

—¡No la cagaré!

Se colocó a mi lado, listo para la lucha. Experimenté un destello de sorpresa al ver su postura. Tenía los pies bien colocados. O casi. Y cuando los ávidos devoradores cayeron sobre nosotros, no murió de inmediato. Inaudito.

La plata y el acero fae cruzaron el aire y rajaron a aquellos cabrones. Yo me encargué de la mayoría. Los pocos que me evitaron y se lanzaron sobre Carrion también acabaron en el suelo. Casi todos conservaban la cabeza e intentaban aún matar al contrabandista, pero al menos los había derribado.

Detrás de nosotros, Onyx soltó un chillido aterrorizado...

Siete devoradores.

Ocho...

Un cuarto devorador se unió a los tres que ya había derribado.

Nos separaban doce metros de la siguiente oleada de devoradores. Yo agarré a Carrion de la nuca y lo llevé a empujones hasta Bill. Hasta el momento habíamos tenido suerte, pero no seguiríamos teniéndola mucho más tiempo. Agarré a Onyx y subí a la grupa de Bill, tras lo cual ayudé a Carrion a montar de un tirón.

Ammontraíeth se cernía sobre nosotros, más adelante. Era un puño apretado, con capiteles en lugar de nudillos, que se alzaba hacia el cielo entre la niebla. No era un palacio, sino más bien una fortaleza.

Agarré la crin de Bill, elevé una última plegaria a los dioses y echamos a cabalgar como el viento.



El infierno había despertado y apretaba los dientes para cuando llegamos a los Engranajes. Vampiros altasangre y bajasangre se asomaban por igual entre los muros de obsidiana que custodiaban la pequeña ciudad a los pies de Ammontraíeth. Nos contemplaban